

ADIOS CRISTIANO,

I.

—“Voy, me dijiste, mi dulce hermana,
A do me llama nuestro buen Dios:
¡Adios!... ¡y unidos en la plegaria,
La Cruz nos mire siempre á los dos!”....

Viéronse luego las dos barquillas,
Que ¡ay! hasta entónces en grata union,
En puerto amigo se refugiaron,
Contra las iras del Aquilon.

Surcar la tuya rápido el Golfo,
Cual si volara como el Alcion,
Y acá en la playa quedar la mia,
Mudo testigo de mi afliccion!

Cual blanco cisne ví en lontananza
El lino hinchado de tu bajel,
Y mis suspiros y ardientes votos,
¡Oh tierna hermana, fueron tras él!

Entre las brumas del horizonte,
Por fin tu barca desapareció!...
¿Cómo pintarte la honda tristeza
Que de mi pecho se apoderó?

Al dulce rayo de blanca luna,
En mi barquilla me arrodillé,
Y por tu dicha pedí á los cielos,
Con ardorosa y humilde fé.

¿Fué aquel un sueño?... No, que las brisas
A mí trajeron en su rumor,
Estos acentos que disiparon
Las negras nubes de mi dolor:

—“Los verdaderos tiernos amigos
Se aman, se juntán, se ven en Dios;
Contentos oyen, como los ángeles,
Su soberana divina voz.

“Y no es más presto pájaro que huye,
Cuando rebrama la tempestad,
Que esos amigos obedeciendo
Del Dios excelso la voluntad.

“¿Qué importa á veces que los separe
Su incontrastable santo querer,
Si es en la ausencia vínculo grato
Que no pudiera nadie romper?

“Que no hay ausencia, que no hay distancia
Para las almas que con ardor
Se buscan siempre y alegres se hallan
En el gran Centro de todo amor!

“En esa fuente cuyos raudales
Contempla el mundo con ansiedad;

En ese pecho, do inextinguible
Su hoguera puso la Caridad!

“Si el sacrificio de nuestra ausencia,
De nuestra mútua separacion,
La gloria solo del Señor busca,
¿Qué mayor dicha del corazon?

“¿Dónde hay ventura cual la de amarse
Con ese puro místico amor,
Que del Arcángel la llama enciende,
Con infinito dulce calor?

“Su misteriosa divina influencia,
En paraíso viene á trocar
El triste valle que riega el hombre,
¡Ay! con el llanto de su penar!

“Cuando la ausencia de un sér querido
Nuestros hogares deja sin luz,
Grato es los ojos tornar al cielo,
Tender los brazos hácia la Cruz!

“La Cruz divina que nos enseña
Todo á dejarlo por el buen Dios;
Que generosa premia á las almas,
Cuando se dicen *su último adios!*.....”

II.

Sensible hermana! Tú, que comprendes
Este lenguaje que escuché yo,
La noche aquella que tu barquilla,
Ay! de mi vista desapareció;

Tú, que abrazada con amor tierno
De la adorada bendita Cruz,
Bañas tu frente con los fulgores
De su esplendente sagrada luz;

Tú, que inflamada por ese fuego,
De que es santuario su corazon,
La gloria siempre de tu Dios buscas,
Ángel de dichas y bendicion;

Tú, que cumpliendo con tu destino,
De la existencia vas por el mar,
Con la sonrisa pura en tu lábio,
Fijo en el cielo dulce mirar;

¡Adios en Cristo, noble hija mia,
Y en esa Estrella que es nuestra guía!
Si el cielo rompe los eslabones
De la cadena que formó un día,

Los verán juntos los corazones
Del Unigénito y de María!

TIRSO RAFAEL CÓRDOBA.

1886.—(Inédito).



NIEZ Y JUVENTUD DE WASHINGTON.

Capítulos inéditos de la VIDA DE WASHINGTON, que no llegó á concluir el autor. (*)

I.

Es costumbre en los Estados Unidos, traída seguramente de Inglaterra, que los padres ó madres de familia, apunten en la Biblia, que continuamente leen, el nacimiento de los hijos y otros acontecimientos de importancia doméstica.—En una Biblia, que perteneció á la madre de Washington, y que se conserva en poder de un descendiente de la familia, se encuentra el apunte siguiente, con el cual dá principio Eduardo Everett á su *Vida* de Washington:

" Jorge Washington, hijo de Agustín y María su muger, nació el día 11 de Febrero de 1732 como á las diez de la mañana, y fué bautizado el 3 del siguiente Abril; siendo padrinos el Sr. Beverly Whiting y el Capitan Cristóbal Brooks, y madrina la Sra. Mildred Gregory. "

Esto quiere decir, agregando á la fecha del apunte los once días que resultaron de diferencia en la Corrección Gregoriana, que Washington nació el 22 de Febrero de 1732.

La casa en que nació, estaba como á media milla del río Potomac, entre dos riachuelos sus tributarios, llamados Pope y Bridge, más cerca del primero que del segundo, y pertenecía á la parroquia de Washington, condado de Westmoreland en la colonia de Virginia. Durante tres generaciones había sido aquella la residencia y propiedad de la

(*) Solo escribió ocho capítulos.—El Sr. D. Anselmo de la Portilla falleció el 3 de Marzo de 1879.

familia Washington, cuyo nombre había tomado la parroquia, y gozabase desde aquel sitio de una magnífica vista del Potomac y de los bellos paisajes que adornan sus orillas. La casa fué destruida por un incendio mucho antes de la revolución, y no queda vestigio de ella; pero una piedra colocada en aquel lugar el año de 1815 por un individuo de la familia, revela á los viajeros que allí se meció la cuna del patriarca norte-americano.

Washington era de ilustre prosapia. Los genealogistas han encontrado rastros de su familia en la diócesis de Durham desde el siglo XII, es decir, desde el siglo que siguió inmediatamente á la conquista de Inglaterra por los normandos. Ya entonces estaban allí los Washington en posesión de tierras y privilegios señoriales, concedidos por Guillermo el Conquistador á los que habían militado bajo sus triunfantes banderas.

El Obispo de Durham, hecho Conde Palatino por Guillermo, tenía jurisdicción eclesiástica y civil como un príncipe, con la obligación de acudir al rey, cuando lo llamara, con servicios de todas clases; y el prelado á su vez tenía feudatarios á sus órdenes, obligados á servirle en paz y en guerra, como él al rey. En su catedral estaban los huesos de San Culberto ó Culberte, santo de mucha devoción entonces, cuya bandera se desplegaba en ocasiones de mucho empeño ó de gran peligro. Cuando esto sucedía, todo feudatario del Obis-

po tenía que acudir al campo, armado de todas armas. Tenían también obligación de acompañarlo en las cacerías con caballos, armas y perros, así como en otros actos ostentosos, que eran de usanza entre los grandes señores feudales.

Entre los caballeros y barones feudatarios de la diócesis de Durham, se contaba en el citado siglo XII, Guillermo de Hertburn, llamado así por un lugar de este nombre, probablemente el actual Hertburn sobre el río Tees. Después tomó Guillermo el apellido de *Wessynton*, por haber cambiado su primer señorío por otro de este nombre, conforme á la costumbre que tenían las familias normandas de rango, de adoptar los nombres de sus posesiones ó castillos. Esta circunstancia, y el nombre normando de William (Guillermo) que fué muy frecuente en la familia, parece indicar que los Washington, son de origen normando.

Cuando Ricardo Corazón de León, empeñó y vendió todo cuanto tenía para su cruzada de la Tierra Santa, el Obispo de Durham y sus caballeros se prepararon para acompañarle en la expedición; pero esto no tuvo efecto por haberse quedado el Obispo en Inglaterra como uno de los regentes. No hay constancia, en consecuencia, de que alguno de los Wessynton estuviera en la conquista del Santo Sepulcro.

En 1264 otro señor de *Weshington*, descendiente del anterior, y llamado Guillermo también, lidió por Enrique III, juntamente con otros caballeros de Durham, en la batalla de Lewes contra los rebeldes, que capitaneaba el Conde de Leicester, Simon de Monfort; cuya batalla perdieron los partidarios del rey, cayendo éste prisionero.

En las guerras de Eduardo I contra Escocia, que dieron por resultado la sumisión de aquel país, se sacó dos veces la bandera de San Culberto, y es probable que alguno de los Wessynton estuviera entre los caballeros de Durham que acompañaron al Obispo.

En 1334, reinando Eduardo III, hubo un gran torneo en Dunstable; y entre los caballeros que tomaron parte en los combates, se encuentra el nombre

de Estéban de Wessynton, que llevaba por divisa una rosa de oro en campo azul. Este mismo Estéban asistió en 1346 con los demás nobles del Condado, á la batalla de Neville, en que fueron derrotados los escoceses invasores, y estando ausente el rey Eduardo en Francia, acompañó después á la reina Felipa hasta Calais, donde se juntó con su marido.

En 1350, el estado de Wessynton dejó de ser feudo, permitiendo el rey que se erigiera en propiedad del señor de entonces llamado Guillermo, de su muger y de sus herederos legítimos. Murió en 1367, y su heredero y sucesor Guillermo de *Wessynton*, aparece en las crónicas como uno de los caballeros que asistían al consejo privado del Condado, siendo obispo Juan Foroham.

Este Guillermo no tuvo hijos varones, y el señorío dejó de ser de los Wessynton por el casamiento de su hija única Dionisia con el Sr. Guillermo Huyeley de Studley. En 1400 era propiedad de otra familia llamada Blaykerton.

En 1416, un Juan de Wessynton, fué electo prior del Convento de Benedictinos de Durham. Tenía este puesto grandes prerogativas; y habiéndole sido negadas ó disputadas, él las defendió con gran talento y energía contra el Obispo y los Canónigos, escribiendo un tratado en latín sobre el caso. Ganó gran fama entre los monges; presidió en 1426 el capítulo general de la orden de San Benito en Northampton, y murió de edad muy avanzada en 1446. Irving le llama *el Washington de los claustros*.

Desde mediados del siglo XV, el tronco de la familia se dividió en varias ramas, y su nombre se encuentra honoríficamente mencionado en muchos sepulcros de viejas catedrales y otras iglesias antiguas de Inglaterra. La preposición *de*, indicante de señorío, fué cayendo poco á poco en desuso, y el apellido fué alterándose también, pasando de Wessynton á Wassynton, y de esto á Washynton, hasta quedar en Washington. En el Condado de Dur-

ham hay una parroquia de este nombre, y otra en el de Sussex.

Una de las ramas de la familia, procede de Lorenzo Washington, que fué un tiempo mayor ó corregidor de Northampton, y despues señor de Sulgrave, cuyo Estado se le concedió en 1538, permaneciendo en poder de la familia hasta 1620. Descendiente de este Lorenzo fué Guillermo Washington, que casó con la Srita. Villiers, hermana del famoso Duque de Buckingham, el desgraciado favorito de Carlos I. Cuando este infortunado rey, ántes deserlo, pues no era más que Príncipe de Gales, y vivia aún su padre el rey Jacobo, hizo un viaje á España, acompañado del favorito, para pedir la mano de la Infanta, hija de Felipe III, fué con él de paje un jóven Washington, hijo del citado Guillermo, y murió de fiebre en Madrid.

Los Washington de la rama de Sulgrave, se adhirieron á la causa de los Estuardos en las terribles luchas del trono y del Parlamento. Uno de ellos, llamado Jaime, tomó las armas por el rey Carlos, y perdió la vida en el asedio del castillo de Pontefract. Otro, hijo de Guillermo Washington y de la hermana de Buckingham, Enrique, hizo prodigios de valor en el asalto de Bristol en 1643; y tres años más tarde; siendo comandante de Worcester, dió altísimas pruebas de heroica fidelidad, manteniendo la plaza por el rey, aunque éste se hallaba ya en el campo enemigo, hasta que se le presentó la orden que dió en aquellos días el desgraciado monarca de entregar todas las plazas y fortalezas al Parlamento.

Despues de la trágica muerte de Carlos I, y del destierro de su hermano, muchos de sus partidarios abandonaron el país y fueron á establecerse en otra tierra. Así lo hicieron Juan y Lorenzo, trasladándose á América en 1657. Otro de la familia, no sabemos si hermano ó pariente de éstos, se estableció en Baviera, donde dicen que hay todavía descendientes suyos, que llevan su nombre y se parecen mucho al general Washington.

Juan y Lorenzo, los emigrados á América, eran biznietos del primer señor de Sulgrave, hermanos del Guillermo que

casó con la Srita. Villiers, y tios del gallardo defensor de Worcester. Juan habia residido algun tiempo en South Cave en Yorkshire, y Lorenzo habia sido estudiante en la Universidad de Oxford. Ambos compraron tierras en el condado de Westmoreland, entre el Potomac y el Rappahannock en la parte septentrional de Virginia. De Lorenzo no dicen más los biógrafos, y es probable que muriera sin hijos. De Juan dicen que casó con Ana Pope, jóven del mismo Condado, y fijó su residencia en el sitio indicado ya, cerca del Potomac; que llegó á ser rico hacendado, ó *plantador*, como allí se dice; que fué magistrado y miembro de la Cámara de los Comunes de Virginia; que dió pruebas de valor como coronel de milicias en varias guerras con los indios, hasta que murió en una de ellas; que en honor suyo se dió el nombre de la familia á la parroquia en que tenia su residencia, y que fué enterrado allí mismo en el sepulcro de la familia.

Juan Washington tuvo dos hijos y una hija. El mayor de los hijos, llamado Lorenzo, casó con Mildred Warner, del condado de Gloucester, y tuvo tambien tres hijos. El segundo de ellos llamado Agustin, nacido en 1694, fué casado dos veces: la primera en 1715 con Juana Butler, del condado de Westmoreland, y tuvo cuatro hijos, dos de los cuales murieron en la infancia, sobreviviendo Lorenzo y Agustin. Muerta su primera mujer en 1728, casó en segundas nupcias en 1730, con María, hija del coronel Ball, una de las jóvenes más bellas del condado, la joya de la comarca por su virtud y su hermosura. De este segundo matrimonio tuvo Agustin Washington cuatro hijos y dos hijas: JORGE, Samuel, Juan Agustin, Carlos, Isabel y Mildred. Esta última sucumbió en la infancia. JORGE, el mayor de los hijos, es el sujeto de esta historia, y ya se ha dicho que nació el 22 de Febrero de 1732.

Los que quieren saber más acerca de la geneología de Washington, pueden leer las obras de Sparks y de Irving. El segundo trata largamente este asunto en el primer capítulo de su *Vida de Washington*, y de él están to-

madas casi todas las noticias que se acaban de dar aquí, habiéndose empleado á veces hasta las mismas frases.

Despues de todo, poco importaría que Washington no fuera de noble alcurnia, porque más gloria dá él á sus antepasados que la que recibe de ellos, aunque fueron ilustres en las armas y en las letras. Irving dice á propósito de esto, al terminar su citado estudio genealógico: "El rango hereditario puede ser una ilusión; pero la virtud hereditaria dá una patente de innata nobleza, superior á todos los blasones de la Heráldica."

Poco despues del nacimiento de JORGE, su padre se trasladó con la familia á una posesion en el condado de Stafford á orillas del Rappahannock, frente á Fredericksburg. Allí se pasaron los primeros años de la niñez de Jorge, y un prado inmediato al rio fué el teatro de sus juegos infantiles. Aquella casa ha desaparecido, como la de su nacimiento, y solo quedan de ella algunos escombros.

II.

Las familias acomodadas de Virginia, para educar á sus hijos, ó completar su educacion, solian enviarlos á Inglaterra, á casa, como ellos decian con una palabra más expresiva aún que ésta, cuando hablaban de la Metrópoli. Así lo hizo Agustin Washington con su hijo Lorenzo, el mayor de su primer matrimonio, cuando cumplió catorce ó quince años; y entre tanto el pequeño JORGE, cuando tuvo edad para ir á la escuela, fué enviado á una que allí tenia uno de los arrendatarios de su padre, un tal Hobby, que además de ser maestro era sacristan de la parroquia. No era gran cosa el establecimiento, pero es de presumirse que sería el mejor de la comarca; y en él aprendió el niño por entónces á leer, escribir y contar, que era todo lo que tal maestro podia enseñarle. El hogar doméstico era otra escuela para él, porque sus padres, ilustrados y buenos, no cesaban de inspirarle ideas de religion y de moral, así como aquel amor á la verdad y aquel espíritu de justicia que dominaron siempre entre sus sentimientos.

Cuando JORGE tenia ya siete ú ocho años, su hermano Lorenzo, que tenia veintiuno ó veintidos, regresó de Inglaterra, hecho un gallardo mancebo, bien instruido y educado; y entónces se formó entre los dos aquel recíproco afecto que tan justamente han ponderado los biógrafos por la influencia que tuvo en el destino de nuestro Washington, mirando el jóven al niño con amor como de padre, y el niño al jóven con amor como de hijo.

Desde su tierna edad dió muestras Jorge de su vocacion guerrera, y hubo una circunstancia que contribuyó grandemente á exaltarla. A poco de haber regresado su hermano Lorenzo de Inglaterra, estalló entre esta Nacion y España aquella guerra que tuvo origen en el contrabando que hacian los ingleses en las Indias Occidentales y en el registro de sus barcos por los españoles para impedirlo.—Este fué el origen; pero la causa determinante fué tomar venganza de haber los españoles cortado las orejas al capitan Jenkins, de un barco contrabandista, de cuyo hecho se aprovechó la mayoría del Parlamento, enemigo de la política pacífica del Ministro Walpole. "Fué locura y presunción de los mismos ingleses, dice uno de sus historiadores, no contrariadas por el rey Jorge" que por sus ideas bélicas solía estar en contradicción con su ministro. El hecho es que el almirante Vernont se apoderó en 1740 de Puerto-Bello en la Nueva Granada, y despues reformó aquella famosa expedición, compuesta de innumerables buques y tropas de desembarco, que á las órdenes del mismo almirante y del general Wentworth, atacó á Cartagena de Indias en 1741. El clarín guerrero sonó en todos los dominios ingleses, y en las colonias de América se alistó un regimiento que debía unirse á la expedición en Jamaica. Lorenzo Washington tenia entónces veintidos años: su heredado espíritu marcial se exaltó con aquellos sonos de guerra: obtuvo un nombramiento de capitan en el regimiento de las colonias; y fué á unirse á la expedición en el lugar señalado. Era la más formidable escuadra que habian

visto hasta entónces los mares de Occidente.

Sabido es cuál fué el éxito de la expedición. Cartagena estaba defendida por escaso número de soldados, á las órdenes del virey Eslava, y por algunos buques que mandaba el general Laso. Los ingleses, con fuerzas muy superiores, atacaron furiosamente la plaza por mar y tierra, y se apoderaron de algunos puntos fortificados, encontrándose Lorenzo Washington entre los asaltantes; pero encontraron heroica resistencia entre los defensores, y al cabo de dos meses de acometidas inútiles y combates sangrientos, tuvieron que retirarse con grandes pérdidas.

Bien se comprende que la imaginación del niño JORGE se exaltara con impulsos bélicos é imágenes de gloria, cuando despues de haber visto á su hermano con los arreos de las batallas, oyó hablar de ellas á los parientes y amigos de la familia, y le vió volver tostado por el sol de los trópicos, con la aureola que siempre dan los peligros al que ha pasado valerosamente por ellos. No es, pues, extraño, que tuvieran un carácter militar sus juegos infantiles; que organizara como soldados á los otros muchachos de la escuela; que hiciera con ellos simulacros de revistas y de batallas, y que él fuera siempre el jefe de todos en aquellos pasatiempos.

No sucedía sin embargo con él, lo que es harto comun en los niños que se anuncian como grandes batalladores: generalmente se imponen á los otros por más fuertes y osados, y suelen ser tiranuelos de sus condiscipulos. Washington no: Washington mandaba á los suyos, no por ser el más fuerte, que en efecto lo era, sino porque era el más aventajado en las dotes del entendimiento y del corazón, y ellos le obedecían con gusto, reconociendo estas ventajas. Por ellas, y porque desde aquella tierna edad se reveló siempre en su conducta un inmutable espíritu de justicia, era también, en todas ocasiones, el juez árbitro de sus diferencias.

A propósito de su fuerza física, todos sus biógrafos la ponderan como extraordinaria, y él se complacía en ejercitarla continuamente con la carrera, el

salto, la lucha, el tiro de barra, y otros juegos. La tradición señala todavía un sitio junto á Fredericsburg, donde una vez, siendo muchacho, lanzó una piedra al través del Rappahannock, de una á otra orilla.

Tenia JORGE once años cuando perdió á su padre: Agustín Washington murió el 12 de Abril 1743, á la edad de cuarenta y nueve años, dejando un extenso caudal en tierras, que distribuyó por testamento entre sus hijos. Dejó á Lorenzo, el hijo mayor de su primer matrimonio, la posesión á la orilla derecha del Pótomac, que estaba cerca de Hunting Creek, y tenía entónces unos 2,500 acres; á Agustín, que era el segundo, otra posesión en el Condado de Westmoreland; á Jorge, que era el mayor del segundo matrimonio, la casa y tierras á orillas del Rappahannock, y á los demás niños otras posesiones; debiendo ser estos bienes administrados bajo la dirección de la madre, hasta que los hijos fueran llegando á la mayor edad.

Poco despues se casó Lorenzo con Ana Fairfax; hija mayor de Guillermo Fairfax, caballero inglés que tenía su residencia á orillas del Potomac, á pocas millas de la primitiva de los Washington, en un sitio delicioso llamado Belvoir. Lorenzo se había enamorado de aquella jóven, poco despues de haber vuelto en 1742 de su expedición á Cartagena de Indias; había encontrado buena correspondencia, había pedido su mano, y solo por la prematura muerte de su padre se había aplazado el matrimonio. Este se celebró en Julio de 1743, y Lorenzo fué á residir con su esposa en su magnífica heredad, á la cual dió el nombre de MOUNT VERNONT, en honor del almirante inglés que había sido su jefe y amigo.

Agustín se casó también con otra Ana, hija de Guillermo Aylett, y fijó su residencia en la posesión que le había legado su padre.

El resto de la familia, es decir, la viuda de Agustín y sus hijos, continuaron residiendo en su posesión del Condado de Stafford, á orillas del Rappahannock, frente á Fredericsburg.

Jóven, bella, virtuosa y rica, bien se

puede presumir que no le faltarian pretendientes á la viuda de Agustín Washington. Ella, sin embargo, no pensó en otra cosa que en corresponder á la confianza de su difunto marido, consagrándose con toda su alma á la educación de sus hijos y á mirar por sus intereses.

Era María Ball, viuda de Washington, una señora de altísimas prendas, que encerraba, en un cuerpo de femina suavidad, una alma de temple viril. Dulce y amorosa con sus hijos; bondadosa y amable con todos; prudente, discreta, humilde y piadosa; sus cualidades más salientes eran; una voluntad de hierro y una energía incontrastables. Cuidadosa de la hacienda, solía ir en persona á inspeccionar los trabajos de sus jornaleros en el campo; y no ménos solícita de la educación de sus hijos, les inspiraba incesantemente máximas de religión y de moral; ya entreteniéndolos con pláticas instructivas al alcance de sus años, ya leyéndoles algun libro notable de algun afamado autor piadoso. Su lectura favorita eran las *Contemplaciones* del famoso jurista inglés Matteo Hale, obra de moral práctica, muy estimada entónces en Inglaterra y sus colonias. Washington guardó siempre con religioso respeto aquel libro de su buena madre, y todavía se conserva, harto deteriorado y carcomido, en los archivos de MOUNT VERNONT. Había pertenecido á Agustín Washington, y en una de sus hojas en blanco se ven los nombres de sus dos esposas, Juana y María, escritos de puño y letra de cada una. Es uno de los objetos que inspiran más profundo interés á los que visitan aquella mansion sagrada.

JORGE aprendió con facilidad y practicó sin esfuerzo, como niño dócil y bien inclinado, las lecciones y ejemplos de virtud que le dió su madre. Ella formó aquel carácter elevado y noble que tanto le distinguió despues, y de ella heredó aquel admirable don de mando, que nunca impuso sacrificios, sino que dió contento y placer á la obediencia. Todos los biógrafos dicen que la madre de Washington influyó poderosamente en su glorioso destino.

Despues de aprender las primeras letras en Fredericsburg, fué enviado

JORGE á la casa de su hermano Agustín, para que asistiera á una escuela algo superior que había en aquella vecindad, dirigida por un tal Williams. De sus libros de escuela y papeles de entónces, se conservan algunos que contienen planas, cuentos, copias de documentos mercantiles, letras de cambio, fianzas, obligaciones y otros escritos de este género, los cuales revelan que el objeto de sus estudios era prepararle convenientemente para los negocios ordinarios de la vida. Todos aquellos papeles son modelo de limpieza, claridad y exactitud, y apenas se encuentra en ellos alguna que otra señal de los entretenimientos propios de muchachos, como adornos de letras, dibujos de pájaros, pestiles de casas, etc. Todo revela la precoz formalidad de JORGE y el esmero que siempre puso en todas sus cosas, escribiendo por su mano con clara y hermosa letra las cuentas de sus fincas y todo lo demás, referentes á sus negocios particulares, sin que jamás le faltara tiempo para ello, ni áun en los días en que más pudieron agobiarle los negocios públicos.

No sabemos si en aquella misma escuela ó en otra, pero es seguro que muy poco despues, se dedicó al estudio de las matemáticas y muy especialmente al de la agrimensura. En todo hizo rápidos progresos, y también se conservan muestras de aquellos estudios, que dan testimonio, como las otras de que hablamos ántes, del cuidado exquisito y la paciencia incansable con que lo hacia todo para que saliera acabado y perfecto. Sus primeros ejercicios prácticos de agrimensura fueron levantar planos de varias haciendas de la comarca, entre otros de la de su hermano Lorenzo.

Existe otro manuscrito suyo de aquel tiempo, que demuestra la madurez de juicio de que dió tantas pruebas en edad temprana. Se intitula *Reglas de Urbanidad y decente conducta en sociedad y en la conversacion*, y es una especie de manual escrito en forma de máximas, en número de ciento diez. No se sabe si las copió ó extraxó de algunos libros, ó si fueron fruto de sus propias observaciones. De todas mane-

as, a aquel trabajo es el más extraordinario ejemplo de prudencia y reflexión que pudiera dar un muchacho de tan pocos años.

III.

Acababa de cumplir catorce, y aún no había terminado sus estudios, cuando se concibió un proyecto que estuvo á punto de cambiar todos los destinos de su vida.

Ya se ha hablado de sus inclinaciones militares, que seguramente se asociaban en su espíritu infantil con sueños de gloria. Más de una vez, oyendo hablar de escuadras y combates marítimos, viendo los buques de guerra que solían anclar en el Potomac, y contemplando el gallardo porte de los oficiales de marina, había dejado escapar, no obstante su natural reserva, chispas de entusiasmo por la carrera de marino. Su hermano Lorenzo, que le amaba como un padre y tenía también marciales inclinaciones, quiso darle gusto. El suegro de Lorenzo, señor Fairfax, que había sido soldado en su juventud y aún dicen que había tomado parte en la expedición de Cartagena, favoreció aquellos deseos. La carrera de marino era por otra parte un elemento de fortuna y de gloria, y era siempre un grande honor para un colono de América pertenecer á la marina británica, por aventajada que fuese su posición, como lo era sin duda la de los Washingtons. En suma, obtuvieron un nombramiento de guardia-marina para Jorge, después de alcanzar también el consentimiento de su madre para que se embarcara. Ya estaba todo dispuesto para la partida: un buque de guerra esperaba en el río al doncel, y aún dicen que ya su equipaje estaba á bordo. La despedida era lo único que faltaba.

A última hora el corazón de la madre se rebeló contra la ejecución de aquel proyecto. Era su hijo mayor, su consuelo, su esperanza, el futuro protector tal vez de sus otros hijos pequeños; no tuvo valor para separarse de él, entregándole á los trabajos y peligros de una profesión tan dura: faltaronle por completo su entereza y su energía: instó, representó, y el proyecto fué aban-

donado. El corazón de María Washington fué entonces un corazón profético, como lo es casi siempre el corazón de las madres.

Un año después de esto, es decir, en 1747, JORGE puso término á sus estudios. Tenía entonces quince años; y era ya un guapo mozo, tan desarrollado de cuerpo como de espíritu, alto, esbelto, y de gentil presencia, con el candor de niño, el vigor de joven y la prudencia de anciano.

IV.

A los que hayan leído los párrafos anteriores, y más todavía á los que por otras lecturas tengan idea del carácter de Washington, tan sério, tan juicioso, tan dueño siempre de sí mismo, tan sereno y frío al parecer y tan ageno á toda impresión poética y romántica, les parecerá imposible lo que vamos á contar ahora. El hecho es que JORGE, antes de cumplir quince años, y siendo todavía estudiante, estuvo enamorado de una beldad desconocida, y que aquel amor fué desgraciado, perturbó su espíritu y amargó sus días durante algún tiempo. No dejan de esto duda alguna ciertos pasajes ó borradores de su puño y letra que se han encontrado en uno de sus cuadernos de estudios y ejercicios escolares. Allí se vé que el objeto de su pasión era una belleza de la llanura ó tierra baja (*lowland beauty*), y se vé también, para mayor asombro de los lectores, que más de una vez intentó expresar en verso sus amorosas ansias; malos versos, por supuesto, de ideas triviales y comunes, en que habla de su *pobre corazón herido por las flechas de Cupido*, y de la *mujer sin piedad que no se compadece de sus dolores*.

¿Por qué fué aquella pasión desgraciada, y quién fué el objeto de ella? No se sabe. Quizás la adorada belleza no hizo caso de JORGE, y le trató como á muchacho de la escuela. Acaso, y es lo más probable, nunca se atrevió á declarar su amor, como que siempre fué taciturno y sobremanera encojido con las damas. Cabe también en lo posible que todo fuera pura ficción, siendo bien sabido que los poetas, y los que no lo son, suelen fingir amores y desdenes para can-

tarlos en sus versos. Esto último, sin embargo, aunque cabe en lo posible, no es lo probable, porque la manera en que habla Washington de su pasión amorosa, testifica que la sintió de veras; y aún dice la tradición que el objeto de ella fué una señorita Grimes, de Westmoreland, que fué después madre del general Enrique Lee, á quien quiso mucho Washington; probablemente, dicen los biógrafos, en memoria del tierno sentimiento que la madre le había inspirado en sus años juveniles.

"Apenas puede uno concebir á Washington, dice Irving, al frío, impasible y juicioso Washington, el gran campeón de la libertad americana, consumiéndose de amor en los días de su adolescencia, exhalando ardientes suspiros, y borroneando gemebundos versos por las arboledas de Mount Vernon. Celebramos, sin embargo, esta oportunidad de penetrar en sus sentimientos íntimos, y de ver que bajo su estudiado decoro y reserva tenía un corazón de carne que latía con los ardientes impulsos de la naturaleza humana."

V.

Desde antes que JORGE terminara sus estudios, solía pasar algunas temporadas en Mount Vernon; pero después aquellas temporadas fueron más largas y frecuentes. Durante ellas contrajo muy amistosas relaciones con la familia Fairfax, emparentada ya con su hermano, como se ha dicho, y aquellas relaciones ejercieron grande influencia en su destino futuro.

Guillermo Fairfax, el suegro de Lorenzo, había pertenecido al ejército en su juventud, había corrido extrañas aventuras, era hombre de mundo, manejaba las inmensas posesiones que tenía en Virginia su primo Lord Fairfax, y vivía espléndidamente en su hermosa finca de Belvoir, á corta distancia de Mount Vernon, río abajo, y en la misma orilla, siendo la alegría de su casa y el más bello adorno de su hacienda, una familia numerosa y bien lograda, que unía á la franqueza de la vida del campo la cultura y el refinamiento de las antiguas familias inglesas. El hijo mayor del Sr. Fairfax, llamado Jorge

Guillermo, se casó por aquellos días con una hija del coronel Carey, de Hampton, y llevó á la casa de su padre á su esposa y á una hermana suya. La presencia de aquellas dos jóvenes en Belvoir aumentó los encantos de aquella residencia.

Hay constancias del influjo que ejerció en el espíritu de Jorge Washington el trato con aquella familia, y estas circunstancias se encuentran también en uno de sus cuadernos de estudiante. Véanse allí borradores de cartas dirigidas á varias personas. En una de ellas dice que su estancia en Belvoir sería placentera con la presencia de una señorita *muy agradable* que vivía en misma casa, si no fuera porque aquello mismo renovaba su primera pasión; y en otra carta dice terminantemente que la señorita *agradable* era la hermana política de Jorge Fairfax, cuya compañía era un gran consuelo para sus amarguras.

De todas maneras, y prescindiendo ya de aquellos malogrados amores, las relaciones de Jorge Washington con la familia Fairfax debieron contribuir mucho á dar á su porte y sus modales aquel aire de distinción y aquel tono de grave y correcta elegancia que siempre se notaron en él, y que no habrían sido mayores aunque se hubiera educado en las cortes más refinadas de Europa.

Vivía entonces en la casa de W. Fairfax su primo el Lord. Era este un caballero hercúleo, de edad como de sesenta años, de elevada estatura y proporciones atléticas, que había cursado en la universidad de Oxford, había pertenecido al ejército sirviendo en un cuerpo de caballería, había figurado en los círculos más elegantes de Londres, y hasta había adquirido cierta reputación literaria escribiendo uno ó dos artículos para el *Espectador* de Adisson, que tuvo gran boga en Inglaterra por ese tiempo. Un amor malogrado le había disgustado de la sociedad y cambiado sus costumbres. Había estado años antes en Virginia para ver las inmensas propiedades que tenía allí, heredadas de su madre, hija de Lord Culppeper, uno de los primeros gobernadores de Virginia, á quien se las había concedido Carlos II;